



José Mármol

El dolor y el amor

El Dolor dice al Amor:

«¿quién eres que hasta mi imperio,

despreciando mi rigor,

vienes envuelto en misterio?».

El Amor dice: «el que sabe

derribar su poderío,

y con cetro más süave

imperar a su albedrío».

Sonríe el Dolor y dice:

«vano y mísero profeta

de ventura que yo quise

que a mi ley esté sujeta;

tu altanera voz detiene

y dime ¿conque presumes

con tus débiles perfumes

derribar lo que sostiene

inferna fuerza que rinde

del orbe la inmensidad?

Habla, mi rigor prescinde,

que mereces caridad».

«¡Caridad!», dice el Amor,

«¡caridad!, a mí que río

de tu cólera al furor

como el mármol al estío!

Bajo la atmósfera oscura

con que cubres la Creación,

¿no penetra mi luz pura

hasta el mustio corazón?

Como lágrimas del alba

que a la rosa le da vida,

¿al instante no le salva

su existencia consumida?

¿No palpita? ¿No suspira?

¿No se anima? ¿Suave esencia

de deleite no respira

entre cándida existencia?

¿En imágenes nacientes

no ve el alma todo el orbe,

y una y otra y siempre ardientes

en su espíritu no absorbe?

¿Sublimada no comprende

toda gloria, todo nombre,

y en pos de ello no lo emprende

todo cuanto es dado al hombre?

¿Qué no alcanza alma que tiene

en sus senos mi consuelo?

¿Qué le es grande si contiene

en sí misma al mismo cielo?

Y en los tragos embriagada

de mi copa de dulzor,

¿no se aduerme deleitada

sin pensar en tu rigor?

¿Qué es de ti? ¿Dónde presumes?

¿Dónde entonces están tus hechos?

Esos que llamas perfumes,

los exhalan desechos.

Tú obras mientras no es nacida

la existencia en los humanos;

ellos empiezan su vida

cuando los tocan mis manos.

Y entonces, entonces tu yugo

es paja que quiebro leve,

que al cielo darme le plugo

un poder que tanto puede».

«¡Eh, basta!», dice el Dolor.

«¡Presuntuoso desvarío!

De hoy más, de mi poderío

conocerás el rigor!

Yo haré que comprendas, ciego,

que el orbe me pertenece

y que todo en mí fenece

como la paja en el fuego.

Yo haré que al infierno llames

único cielo en la tierra,

que te rindas a su guerra

o que como yo te inflames.

Que veas que los ejes tiene

de este grano que habitamos,

y que de sus férreas manos

este mi poder me viene.

Que el hombre me pertenece

como a la tierra la roca,

y que mi mano lo toca

como arbusto que perece.

Cuando entre dos corazones

activa tu magia prendas

y que rindiéndote ofrendas

se gocen en las prisiones,

yo haré que los sinsabores

en pos de ella se despierten,

y también verás que vierten

sus activos amargores.

Despertaré las falsías,

los desnudos desengaños,

y entre pesares extraños

beberán tus ambrosías.

Si esto es poco; si no abate

de tu orgullo la arrogancia,

yo te opondré la distancia

que tus goces arrebate,

y a los celos convocando,

ellos en la dura ausencia

amargarán tu existencia

mil fantasmas enseñando.

Si esto es poco, si consigues

burlándome unirlos luego,

yo mezclaré entre tu fuego

un hielo que no mitigues.

Cuando más enajenados

no sientan mi duro peso

y apuren hasta el exceso

tus ardores delicados;

cuando sus almas conmuevas

tan a par, tan afinada,

su imperceptible lazada

que a las dos cual una muevas;

cuando el orbe ante tus ojos

se oscurezca y ante ellas

el sol, la luna y estrellas

sean míseros despojos,

yo las haré allí sufrir

entre sus goces tamaños;

yo les mostraré los años

con su embotado sentir».

«Cesa, cesa», dice Amor;

«mis armas son la dulzura,

¡cómo tu férrea armadura

penetraran, oh Dolor!

A mi destino fatal

ya se rindió mi arrogancia,

pero suave la constancia

no abandonará al mortal...

Yo reconozco tu esfera:

es vasta como la tierra;

pero de tanto que encierra

dadme la mitad siquiera».

EL DOLOR

No te ha merecido el hombre.

EL AMOR

Puede ser; pero su nombre

con el mío está grabado.

EL DOLOR

Y su espíritu animado,

de mi espíritu enlutado.

EL AMOR

No importa, no se arrepiente

si animándolo me siente.

Él me busca, lo consuelo

y bajo mi puro cielo,

blando, bueno se convierte.

EL DOLOR

No importa, sufra su suerte.

EL AMOR

Dadme una parte siquiera.

EL DOLOR

¿Una parte? Bien, espera:

para que más sufra y llore,

que un instante te devore

el hombre, que te comprenda,

que tus delicias aprenda,

que después bajo mi mando

te mirará suspirando.

22 de octubre de 1840

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

